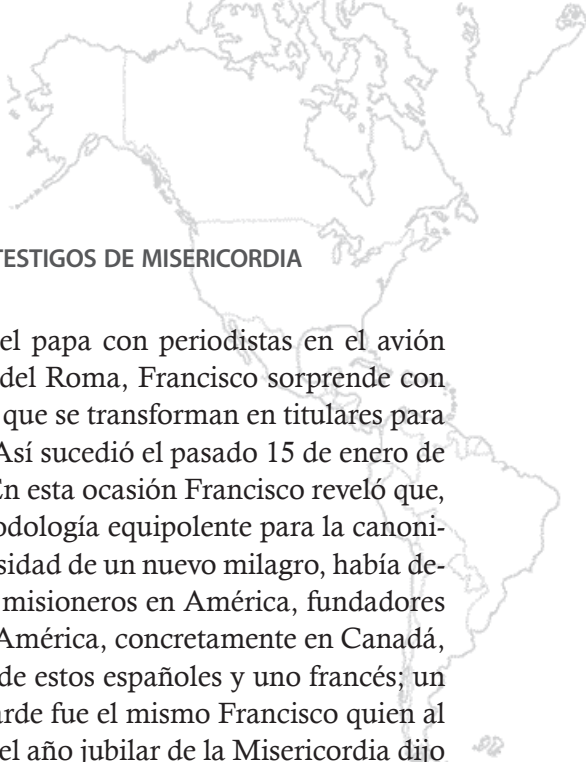


Día de Hispanoamérica

Testigos de misericordia

Tres misioneros, testigos de misericordia





TRES MISIONEROS, TESTIGOS DE MISERICORDIA

En el tradicional encuentro del papa con periodistas en el avión de regreso de sus viajes fuera del Roma, Francisco sorprende con nuevas noticias o comentarios que se transforman en titulares para los medios de comunicación. Así sucedió el pasado 15 de enero de 2015, regresando de Manila. En esta ocasión Francisco reveló que, acogándose a la llamada metodología equipolente para la canonización de algún beato sin necesidad de un nuevo milagro, había decidido canonizar a tres beatos misioneros en América, fundadores de comunidades cristianas en América, concretamente en Canadá, Estados Unidos y Brasil. Dos de estos españoles y uno francés; un obispo y dos religiosos. Más tarde fue el mismo Francisco quien al unir estas canonizaciones con el año jubilar de la Misericordia dijo que deseaba que una corriente de santidad recorriera el continente americano durante el año de la misericordia.

En el cartel elaborado para la Jornada del Día de Hispanoamérica, sobre el mapa del continente americano, aparecen las fotografías de estos tres santos canonizados por Francisco entre los años 2014 y 2015. Los primeros fueron el obispo francés Francisco Laval, fundador de la Iglesia en Canadá, y el jesuita tinerfeño José de Anchieta, canonizado el 3 de abril de 2014; el pasado 23 de septiembre de 2015 hizo lo propio el papa en Washington con el franciscano mallorquí fray Junípero Serra.

Francisco Laval

El beato Juan XXIII, al proclamar el decreto de la heroicidad de las virtudes del siervo de Dios Francisco Montmorency-Laval, el 28 de febrero de 1960, decía que aspiraba a algo grande, pero en

el sentido evangélico, no en la perspectiva humana y familiar; las nuevas tierras abiertas a la evangelización le atraían, las misiones le seducían. Esta es la razón por la que marcha a Quebec el 16 de junio de 1659. Después de un trabajo intenso como misionero, es nombrado obispo de la nueva diócesis de Quebec, recientemente creada en el año 1674, convirtiéndose así en el primer obispo de Canadá. Incansable, recorría su diócesis en canoa y con raquetas cuando había nieve. Prestaba una atención especial a los indios. Organizaba el ministerio entre los blancos, y la misión entre los indios, cuyos derechos defendió con energía en diferentes circunstancias, incluso resistiendo y oponiéndose lealmente a la autoridad civil, y fue firme defensor de los derechos de la Sede Apostólica.

Su vida y trabajo es reflejo de la entrega generosa de los misioneros que, dóciles al Espíritu Santo, tienen la valentía de vivir el Evangelio para salir al encuentro de todos en los cruces de caminos del mundo e invitarles a entrar en la casa del Padre. Gracias a ellos la Iglesia está en permanente dinamismo misionero, «porque si la Iglesia se detiene y se cierra, se enferma, puede corromperse, ya sea con los pecados, ya sea con la falsa ciencia separada de Dios, que es el secularismo mundano», en palabras del papa Francisco. Los misioneros, al reconocerse mirados y amados por Dios, acogen su gracia pero no la guardan para sí. Como san Pablo, se hacen todo para todos; saben vivir en la pobreza y en la abundancia, en la saciedad y en el hambre; todo lo pueden en Aquel que les da la fuerza (cf. *Flp* 4, 12-13). Con esta fuerza de Dios son enviados a la misión, confiando en el Señor que llama y en la Iglesia que acompaña. Así es la vida de un misionero y de una misionera, para terminar después lejos de su casa, de su patria; muchas veces muertos, asesinados. Como les sucedió en estos días a muchos hermanos y hermanas nuestros.

La semilla del Evangelio esparcida por Francisco de Laval ha dado un fruto abundante en la evangelización de los pueblos, con muchas y abundantes vocaciones misioneras. El mundo se llenó de misioneros canadienses. Ante esta realidad el papa Francisco exhorta al Pueblo de Dios para que no ceda ante la tentación de la infidelidad y de la cobardía. «Pidamos al Señor que Quebec vuelva a este camino de fecundidad, para dar al mundo muchos misioneros. Que la semilla sembrada por él [Francisco de Laval] y los que le siguieron crezca y dé frutos de nuevos hombres y mujeres intrépidos, clarividentes, con el corazón abierto a la llamada del Señor. Ojalá Quebec vuelva a ser la fuente de misioneros audaces y santos» (12.X.2014).

José de Anchieta

José de Anchieta nació el 19 de marzo de 1534 en San Cristóbal de la Laguna, en Tenerife. Su padre, Juan de Anchieta, era vasco y primo de san Ignacio de Loyola. Alentado por el padre Simón Rodríguez, uno de los siete que con san Ignacio comenzaron la Compañía de Jesús, entró en la misma a los 17 años, en 1552. Al poco tiempo, 1554, llegó a Brasil, a un poblado que más tarde se convertiría en la ciudad de São Paulo. La ciudad no existía aún; había apenas algunos poblados de aborígenes. Llegó el 24 de enero, vigilia de la fiesta de la Conversión de San Pablo. La primera misa aquí celebrada fue, por tanto, exactamente en honor del Apóstol de los Gentiles y a él fue dedicada la villa que debía surgir en torno a la pequeña cabaña —la “iglesia”—, que sería su corazón. De ahí, el nombre de esta vuestra ciudad de São Paulo, hoy la mayor ciudad de Brasil. Fue el primer jesuita enviado por san Ignacio a América, y allí inició su primera labor de catequesis con los indios tupís, de los que aprendió su idioma y a los que evangelizó a través de la poesía.

La razón de su envío no era otra que anunciar a Jesucristo, difundir el Evangelio. Tenía un único objetivo, conducir a los hombres a Cristo, transmitiéndoles la vida de hijos de Dios, destinados a la vida eterna. Llegó sin exigir nada para sí; por el contrario, dispuesto a dar su vida por ellos. Salvar las almas para gloria de Dios: ese era el objetivo de su vida. Ello explica la prodigiosa actividad de Anchieta para buscar nuevas formas de actuación apostólica, que lo llevaban finalmente a hacerse todo para todos, por el Evangelio; a hacerse siervo de todos a fin de ganar el mayor número posible para Cristo (cf. 1 *Cor* 9, 19-22). No escatimó ningún esfuerzo, para comprender a sus “brasís” y compartir con ellos la vida. Pronto aprendió su difícil lengua—y tan perfectamente que fue el primero en componer una gramática de esa lengua— porque era el mejor camino para hablarles de Jesús y transmitirles la Buena Nueva. De ese modo, se transformó en un preclaro que, viviendo entre los hombres, les hablaba de manera sencilla, acomodándose a sus categorías mentales y a sus costumbres. Para ello puso todo su empeño en la enseñanza de la lengua portuguesa a los hijos de los indios y portugueses; en la escritura del catecismo y de obras de teatro e himnos en la lengua de los indios para inculturar la fe, además de otras obras en portugués, latín, tupi y guaraní.

Con esa misma finalidad, tomando en consideración las dotes y cualidades naturales de los indios, su sed de saber, su generosidad, hospitalidad y sentido comunitario, promovió y desarrolló las “aldeas”, centros donde la vida de cada familia se fundía con la de los demás, de modo adecuado, en el trabajo, en la solidaridad, en la cooperación. Desde su llegada hasta su muerte la vida de este misionero canario fue una permanente actividad de entrega y labor hacia los más necesitados y perseguidos: murió el 9 de junio de 1597 en Reritiba, ciudad fundada por él en Espíritu Santo y que posteriormente recibiría el nombre de Anchieta.

La diócesis de Tenerife se reconoce privilegiada al contar entre sus misioneros al que fue nombrado “Apóstol de Brasil” en el mismo día de su funeral, y a él rezan esta oración: «San José de Anchieta, tú que naciste en nuestra tierra canaria, ruega al Padre por cuantos habitamos en ella. Apóstol de Brasil, ayúdanos a ser mejores discípulos-misioneros de Jesús. Poeta de la Virgen María, intercede por nosotros ahora y siempre. Haznos disponibles para servir al Señor Jesús como tú le serviste en los más pobres y necesitados. Protégenos de todos los males. Y, si fuera voluntad de Dios, alcánzanos la gracia que ahora te pedimos. San José de Anchieta. Ruega por nosotros».

Fray Junípero Serra

Fray Junípero, conocido como el “apóstol de California”, nació en la villa de Petra, Mallorca, en 1713, y murió en San Carlos, Monterrey, California, en 1784. Estudió latín en el convento de San Bernardino, en su lugar natal; pasó luego a Palma, donde cursó filosofía, y en 1730 tomó el hábito franciscano. En 1732 se doctoró en teología en la Universidad Luliana. En 1749 se embarcó con destino a Veracruz y, después de trabajar en México, se dedicó durante 30 años a las misiones franciscanas de California, donde fundó las misiones de San Fernando, San Diego, San Luis Obispo y muchas otras. Las misiones iniciadas por él se convertirían con el tiempo en grandes ciudades: Los Ángeles, San Francisco, San Diego, Sacramento, etc. Su estatua se encuentra en la sala de la fama del Congreso de los Estados Unidos, junto a la de Washington, Lincoln y otros fundadores de aquella nación. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 25 de septiembre de 1988 y el papa Francisco lo canonizó el 23 de septiembre de 2015 en Washington.

Del misionero fray Junípero Serra se puede afirmar con verdad y agradecimiento que la predicación, la docencia, la enseñanza de habilidades para la vida práctica, la mediación con los políticos para el buen funcionamiento de las misiones fundadas por los franciscanos, fueron sus principales tareas. Pero el fruto más hermoso de todos sus desvelos es sin duda la fundación de las misiones de la alta California. Se le conoce como un hombre con un carácter recio, con una creatividad extraordinaria, y con una determinación inquebrantable a la hora de llevar a cabo las tareas que se le encomiendan. Pero esta fuerza le fue dada desde lo alto, y a esta inspiración debió, tanto la decisión de formar parte de la Orden de Hermanos Menores, como el marchar a las misiones y el luchar para que la vida de Jesucristo se abriese paso entre los indios. Su gran objetivo era llevar el Evangelio a las poblaciones autóctonas de América, para que también ellas pudieran «consagrarse en la verdad». Sembró las semillas de la fe cristiana en medio de los tumultuosos cambios provocados por la llegada de los colonos europeos al Nuevo Mundo. Era un campo de trabajo misionero que requería paciencia, perseverancia y humildad, así como la longitud de miras y coraje. Confiando en el poder divino del mensaje anunciado, el padre Serra guió a los pueblos indígenas hacia Cristo. Tuvo que advertir a los poderosos, en el espíritu de la segunda lectura de Santiago, para que no explotaran y oprimieran a los pobres y débiles. En el ejercicio de su ministerio, el misionero demostró ser un auténtico hijo de san Francisco.

La canonización de fray Junípero Serra nos pone en situación de examinar nuestro compromiso misionero, y de renovar el deseo de cooperar con las Iglesias nacientes de América. Lo hacemos con palabras del doctor Guzmán Carriquiry, secretario general y encargado de la Vicepresidencia de la CAL: «La gesta misionera

de fray Junípero Serra nos enseña que hoy no puede faltar la grave responsabilidad de toda la Iglesia católica de los Estados Unidos para llevar a cabo con renovado ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones, la atención a la tradición católica entre los hispanos, su acogida en el tejido de las comunidades locales, el respeto y el cultivo de su religiosidad popular, el crecimiento catequético y litúrgico de su fe, la educación a la vida matrimonial y familiar, la promoción de vocaciones sacerdotales y religiosas; es decir, la ayuda fáctica a todas sus necesidades materiales y espirituales. No faltarán en este compromiso la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe y de fray Junípero» (Palma de Mallorca, 10.VI.2015).

Una oración por la evangelización de América

Concluimos con las mismas palabras con que el papa Francisco terminó la homilía el pasado 2 de mayo de 2015:

«Un impetuoso viento de santidad recorra en toda América, en el próximo Jubileo Extraordinario de la Misericordia. Confiados en la promesa que nos hizo Jesús, y que hemos escuchado hoy en el evangelio, pedimos a Dios esta particular efusión del Espíritu Santo.

Pidamos a Jesús Resucitado, Señor de la historia, que la vida de nuestro continente americano se radique cada vez más en el evangelio que ha recibido; que Cristo esté cada vez más presente en la vida de las personas, de las familias, de los pueblos y de las naciones, para la mayor gloria de Dios.

Que esta gloria se manifieste en la cultura de la vida, en la hermandad, en la solidaridad, en la paz y en la justicia, con efectivo amor preferencial por los más pobres, a través del testimonio de los

cristianos de las diversas comunidades y confesiones, de los creyentes de otras tradiciones religiosas, y de los hombres de recta conciencia y buena voluntad. Oh, Señor Jesús, nosotros somos solamente tus discípulos misioneros, tus humildes cooperadores para que venga tu Reino.

Con esta invocación en el corazón pido por la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe, y también de fray Junípero y de los otros santos y santas de América, para que me conduzcan y me guíen en mis próximos viajes apostólicos en el Sur de América y en el Norte de América. Por esto les pido a todos que no dejen de rezar por mí. Amén» (Francisco, 2.V.2015).

ANASTASIO GIL GARCÍA

Director del Secretariado de la

Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias



